

Cuando Israel salió de la que llamó siempre «casa de la servidumbre» se encontró frente al desierto más inhospitalario que existe. En su parte occidental le llamaban el desierto del Sur. El Este tenía el nombre de desierto de Farán. Prosiguiendo el camino directamente hacia el Este, Israel sólo habría encontrado el vacío y la muerte. Se inclinó hacia el Sudeste, casi siguiendo el mar o más bien el camino antiguo que trazaron los egipcios dos mil años antes para explotar las minas de cobre del Sinai.

Lo peor era que faltaba el agua. Al cabo de tres días llegaron al sitio llamado Mara por su agua salobre. Se intentó hacerla potable por la infusión de ciertos vegetales, sin lograrlo del todo. El campamento de Elim fue mejor. Había allí doce manantiales, 70 palmeras y tamariscos con buena sombra. La tribu se acercó en seguida al mar, hasta las primeras estribaciones del gran Sinai. El desierto de Sin les sometió de nuevo a duras pruebas. Es un país horroroso, pelado, sin agua, y en el cual hasta en invierno le cuesta trabajo vivir a un rebaño.

Moisés fue el personaje capital de los hechos ocurridos aquellos días, convertidos más adelante en la base de una religión (o mejor dicho, de la religión universal). Ya hemos indicado que la crítica tiene que acogerlos con reserva. Es probable, sin embargo, que la actividad del personaje hebreo semiegipcio, la cual se entrevé en los preparativos del éxodo, se ejerciera también en las marchas por el desierto. Otro *levi* llamado Ah-rón o Aharón (nombre tal vez egipcio) aparece a su lado, y también una mujer llamada Miriam. Según la leyenda son hermanos de Moisés y ciertos relatos les dan más importancia que los documentos que se conservan con carácter divino.

Algo debe ser cierto en las relaciones que se atribuyen a Moisés con las tribus árabes del Este de Egipto, y tal vez la sirvieran en la difícil misión que se había propuesto, pero no nos atrevemos a hablar como de personas reales de sombras sin esbozar casi en las tinieblas de una noche oscura. Más adelante veremos que al nombre de Aharón, especialmente, se le puede dar muy distinta explicación. Lo único verdaderamente histórico que tenemos de aquellos tiempos (la canción de Beër), donde vemos una alusión evidente a lo que luego se presentó como milagro de Moisés, habla de *Sarim* (principes), de *nedibe ha-am* (nobles del pueblo) que llevaban bastones de mando y que con éstos, sin intervención sobrenatural, cubrieron una fuente, cosa que más tarde se atribuye a Moisés. En este pequeño canto no se nombra a ningún jefe único inspirado por Dios.

En los relatos legendarios no aparecen las murmuraciones y las rebeliones diarias del pueblo contra los jefes que lo habían sacado de Egipto,

pero sin embargo se suponen semejantes escenas. El hombre no siente más que sus desgracias presentes. Lo que ha padecido le parece siempre poco, comparado con lo que padece. El hambre y la sed hicieron que los ex esclavos sintieran nostalgia de las cebollas de Egipto y de la vida de relativa abundancia que allí habían llevado. Los jefes no prescindieron en estas circunstancias de ninguna de las imposiciones que la política antigua empleaba sin escrúpulo. Se trataba de convencer a aquellos pobres desheredados de que el dios de la tribu velaba por ellos. Todos los incidentes del camino se justificaban de este modo. Cuantos manantiales se descubrían se atribuían a milagro. A veces una ráfaga de viento traía una bandada de codornices, sobre la que se precipitaban los hambrientos. Era que el dios protector les enviaba este regalo.

La ayuda poco valorada que aquellas soledades ofrecen al viajero, fue exagerada más adelante por la leyenda. Es normal que en ciertas ocasiones los arbustos del desierto se cubran de una especie de exudación gomosa que ayuda a los vagabundos a calmar el hambre. Llámala los árabes *mann es-sema* (don del cielo) o sencillamente *mann* (don), imaginando que ésta cae del cielo como una gelatina blanca. Los israelitas aprovecharon este pequeño auxilio y después en países donde se desconocía el *mann*, se hicieron sobre este punto los relatos más fantásticos. El maná pasó a ser el pan que comen en el cielo los hijos de Dios, y se afirmó que éste, por un favor especial, había alimentado a su pueblo favorito con el pan de los ángeles.

Hubiera sido un milagro que los israelitas pudieran subsistir en el desierto del Sinaí si hubiesen sido tan numerosos y su estancia tan larga como dice la leyenda. Pero el relato tradicional encierra grandes exageraciones. El grupo de fugitivos era mucho menor de lo que se afirma en el texto actual, y en segundo lugar, la duración de las peregrinaciones fue menos larga de lo que se cree. Con los objetos de valor que obtuvieran, según dicen los relatos, pudieron adquirir algo de los mercaderes madianitas e ismaelitas, y formar un rebaño. Quizá la península no fuera hace tres mil años tan pobre como ahora. La tierra vegetal parece haber caído desde los *ouadis* hacia las llanuras de alrededor. Ciertos valles tuvieron diques en otros tiempos para servir de depósito a las aguas del invierno¹.

Actualmente, la península del Sinaí (aun aparte del convento de Santa Catalina), está poblada por centenares de beduinos que viven en la incertidumbre, pero viven. Antes sería seguramente mayor la población. Los amalekitas y madianitas, que al parecer fueron tribus numerosas, vivieron allí durante siglos. Farán, que no es otra cosa que Rafidim, dio luego nombre a los faranitas, que en su tiempo fueron tan importantes como los sarracenos.

1. Mi amigo Maspero en sus investigaciones ha encontrado en el desierto restos de diques pertenecientes a las épocas de la V, VI y la XII dinastías, que formaban lagos artificiales en torno de los cuales se agrupaban las aldeas de mineros egipcios enviados por los Farones.

El viaje de Israel al desierto fue una travesía y no una estancia, pero la huella que dejó este corto período de vida mísera en el espíritu de los israelitas fue muy profunda. Todas las circunstancias, cuyo recuerdo se conservó más o menos deformado, fueron sacramentales, y la teocracia se valió de ellas para su política religiosa. La imaginación intervino y dio grandes proporciones a hechos insignificantes. El maná y las codornices hicieron creer al pueblo que había sido alimentado milagrosamente y que el mismo Dios les había guiado y marchaba a su cabeza.

En medio de las pobres llanuras extensas como aquélla, donde la atmósfera es de una gran pureza, la presencia de una tribu se nota a distancia por una columna de humo que se eleva recta hacia el cielo. Se andaba normalmente de noche por el excesivo calor, y entonces se usaba como señal una antorcha encendida en la punta de una pértiga. Esta columna, oscura de día y luminosa de noche, fue, según la leyenda, el mismo Dios de Israel que guiaba a éste por aquellas tierras. A este buen genio de Israel se le tenía tanto afecto, que se le invocaba de un modo completamente personal. El dios que había sacado a Israel de Egipto y le había hecho vivir en la «tierra de la sed» no era el Élohim absoluto, el Dios grande, rey y providencia del Universo. Era un dios que tenía un cariño especial a Israel y le consideraba como únicamente suyo.

¡No era, ciertamente, el dios patriarcal, universal y justo! El nuevo Dios de que se trata es sumamente parcial. Su providencia no tenía más que un objetivo: cuidar a Israel. No era todavía dios nacional, porque una nación nace de la unión de un grupo de hombres con una tierra, e Israel no posee tierra; pero era un dios de tribu en grado máximo. El rebajamiento es notable. El antiguo jakobelita, cuyo genio supo encontrar el autor del Libro de Job, tenía idea mucho más alta de Dios y del Universo.

Un dios protector necesita un nombre propio, porque el dios protector es alguien, y se relaciona con el protegido. Israel, en su vocabulario religioso, no tenía más que un nombre propio de dios. El nombre de Jehová (Iahvé) que los antiguos nómadas habían traído del Paddan Aram o de Ur-Cardim, no era como Él o Élohim, un nombre genérico, sino una palabra indeclinable, inflexible, semejante al Camos de los moabitas. A causa de ideas que actualmente no podemos apreciar, el dios protector de Israel se llamaba Iahvé o Jehová. Un nuevo adelanto hacia la formación de la idea nacional representaba un rebajamiento de la teología de Israel. La idea nacional exigía un dios que no pensase más que en la nación, y fuese cruel, injusto y enemigo del género humano. El jehovahismo empezó virtualmente el día que Israel fue egoísta por principio nacional. El jehovahismo crecerá con la nación: significará una pérdida de la idea sublime y verdadera del elohismo primitivo. Afortunadamente había en el genio de Israel algo superior a las preocupaciones nacionales. El antiguo elohismo nunca morirá; sobrevivirá al rabinismo, o mejor dicho, lo asimilará. Los profetas, y especialmente Jesús, el último de ellos, expulsarán a Jehová, dios exclusivo de Israel, y volverán al bello sistema patriarcal de un padre justo y bueno, único para el Universo y para todo el género humano.

Jamás se pasa fácilmente del idealismo al nacionalismo. Israel no es el único pueblo para quien adoptar un dios protector significó una decadencia, e Israel tuvo por lo menos el valor de reaccionar contra su error. Por una serie de esfuerzos seculares, supo volver a la verdad, y anteponer a la idea del dios nacional, la universal del Elión o del Saddai de los patriarcas. *El* es justo con los hombres, aunque su justicia sea misteriosa. Jehová no es justo: demuestra una parcialidad irritante hacia Israel, una dureza horrible contra los demás pueblos. Ama a Israel y aborrece al resto del mundo. Mata, miente, engaña y roba para beneficiar a Israel. ¿Y por qué había de ser aquel dios particular el creador del cielo y de la tierra? Todo esto constituía una serie de contradicciones, de la cual triunfó poco a poco el genio de los profetas. El trabajo de éstos consistió en crear de nuevo, por la reflexión, el antiguo elohísmo e identificar forzosamente a Jehová con El Elión; en rectificar el giro que la adopción de un dios particular había dado a la dirección religiosa de Israel.

Al ser un dios particular, el error filosófico más grave se convierte en fuente perpetua de desviaciones para el pueblo que se le entrega. Igual que El Elión había aconsejado bien a los viejos patriarcas y les había inspirado una noción elevada de la vida, Jehová pervirtió a Israel, lo hizo cruel, inicuo, exterminador, pérfido para sus intereses. Ezequiel supone que queriendo castigar Jehová a su pueblo, le mandó sacrificar niños por un tiempo, para que se castigara con sus propias manos. Seguramente en aquella edad remota Jehová no se parecía a Moloch. El bien de la nación a la que protege es el bien supremo del mundo: todo lo demás ha de subordinársele. El mundo existe para Israel. Jehová es un dios nacional, y por lo tanto, un dios malísimo.

Si la religión de Israel hubiera seguido siempre así, no se habría extendido tanto por el mundo. Lo mismo habría sido adoptar a Camos. Pero el fondo del elohísmo sigue siendo vivo y fuerte. Había de revivir forzosamente cuando Jehová perdiera su carácter particular, y su nombre se sustituyera por un equivalente de Élohim, el inofensivo Adonái, «el Señor». Decir que un nombre es impronunciable, es casi eliminar ese nombre. De hecho, este uso que se estableció en siglos anteriores a nuestra Era terminó con la lucha entre Jehová y Élohim, o mejor dicho, fue la declaración de que Jehová no existía. Los traductores griegos y cristianos no tienen ya percepción alguna de la palabra Iahvé. El equivalente griego de Adonái suprimió en cierto modo el antiguo nombre divino.

Adorar a un dios nacional jamás lleva al monoteísmo, sino a lo que en nuestros días se ha llamado *henoteísmo*. El dios nacional, es envidioso: no quiere a nadie a su lado. Forzosamente hay que sacrificarle los demás dioses. Es probable que en Daibon o en Moab, fuera Camos un dios tan exclusivo como lo fue Jehová en Jerusalén, y que un moabita piadoso creyera que Camos tenía un pundonor tan quisquilloso como el de Jehová. Lo mismo ocurrió con Melkart en Tiro, porque el nombre de «Rey de la Ciudad» era una adaptación del Dios supremo a un papel nacional. La costumbre de repetir en todos los tonos: «Nuestro Dios es tan grande, que los demás dioses nada son en comparación suya», dio lugar a esto

otro: «Nuestro Dios es el único del mundo.» Pero el espíritu de los pueblos es tan lento que había de tardar siglos en sacar tal consecuencia.

Para el hombre desgraciado es imprescindible más religión, porque necesita creer que un Dios se ocupa de él y le vengará. Fácilmente se hace supersticioso. La idolatría, reducida en el antiguo período patriarcal al mínimum que tolera el espíritu de un pueblo poco ilustrado, había tomado mucha fuerza en Egipto. El pueblo pedía un buey Mnevis o un Hator. ¿Fue Moisés realmente contrario a estos cultos idolátricos como la tradición lo indicó más tarde? Ciertamente es dudoso, porque existió en el culto del pueblo, hasta el tiempo de Ezequías, que lo destruyó, un fetiche que se suponía erigido por este antiguo hombre de Dios. Era una serpiente de metal, llamada *nehustán* por el pueblo y a la cual se ofrecían sacrificios. Puede verse en esta *nehustán* un antiguo ídolo de Jehová. La serpiente era en Egipto, no tanto un dios particular como una representación de dioses y diosas. Una de las grandes inferioridades de Jehová fue la de haberse mezclado con dioses de vuelo bajo. Nunca hubo imágenes de Saddai, de Elión ni de Élohim; y de Jehová sí que las hubo.

Posteriormente se creyó que Moisés había hecho fabricar y colocar en la punta de una pértiga, como talismán contra la mordedura de las serpientes, esta misteriosa *nehustán*. Las dos versiones pueden ser verdaderas. Efectivamente, es posible que Moisés fuera uno de los magos que poseía Egipto y que iban también a orillas del Éufrates.

Cualquier cambio es posible después de tantos siglos, cuando un genio religioso tan fuerte como el de los hebreos actúa sobre una tradición oral esencialmente blanda y susceptible de numerosas transformaciones al ser escrita por primera vez.

El *arón* o arca, en aquellas peregrinaciones, se iba convirtiendo en pieza central de las tribus. Los que llevaban las barras de madera que servían de palancas eran probablemente *levís*. Se les tenía en mucha consideración: venían a ser los guías de la nación. Pudo llamárselos Beni-Arón o Ahrón. Según la costumbre de las genealogías, el grupo se convirtió en persona y Arón o Ahrón llegó a ser personaje, guía del pueblo como Moisés, y tomó el título de hermano de éste. Muchos sabios explicaron así a Ahrón jefe del sacerdocio y de la supuesta tribu de Leví. Informamos de esta opinión para que se vean las diferentes hipótesis que puede haber en materias tan difíciles, sin salirse del círculo de la posibilidad.

Cuando llegaron a las primeras pendientes del Sinaí, los israelitas abandonaron el mar. Inclinandose al Este dieron la vuelta a la montaña y entraron tierra adentro hasta Rafidim, único lugar de la península donde la naturaleza es algo agradable, y donde hay agua y palmeras. Las charcas tenían el nombre característico de Meriba o «de las disputas», por las batallas incesantes entre los beduinos que iban a abreviar sus ganados.

Por primera vez, los israelitas combatieron allí contra los pueblos que en tales parajes se buscaban la vida miserablemente. Los amalecitas, parientes cercanos de los edomitas y por lo tanto relacionados con los jacobitas, les atacaron mientras descansaban junto a las palmeras.

Ganaron los israelitas, y este hecho, junto a otros muchos de la misma índole, originó odio terrible entre Israel y Amalek. Juró Israel que no pararía hasta conseguir el exterminio de los amalecitas, y cumplió su palabra.

En la batalla de Rafidim aparece por primera vez un compañero de Moisés (a quien corresponderá el papel militar), llamado Hosca o Iosna (El Vencedor), más conocido con el nombre de Josué. Este nombre siempre se introduce en algún relato histórico con grandes precauciones. Caleb, héroe muy ponderado también, puede que sólo haya existido en la fantasía de los coleccionistas de cantos populares que fijaron los recuerdos épicos de la nación¹. Lo mismo ocurre con un tal Hur, nombre que originariamente fue el de una subtribu del Sur de Judá, relacionada con los calebitas.

Quizás el período que estuvieron en Rafidim fue bastante largo. Tres meses habían pasado desde la salida de Egipto, cuando los Beni-Israel se dirigieron hacia el ouadi designado con el nombre genérico de Horeb, aquello se llamaba el desierto del Sinaí, región austera y grandiosa, que Israel clasificó en primer lugar entre los lugares santos de la humanidad.